

La colección UN LIBRO POR CENTAVOS, iniciativa de la Decanatura Cultural de la Universidad Externado de Colombia, persigue la amplia divulgación de los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y la promoción de los nuevos valores colombianos del género, en ediciones bellas y económicas, que distribuye para sus suscriptores la revista *El Malpensante* y se obsequia en bibliotecas públicas, casas de cultura, colegios, universidades, cárceles y organizaciones gubernamentales.

Este número 82 es una antología de Eduardo Langagne, realizada por él, para el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, y cedida para esta colección, bajo el título: *Reposo del Guerrero*.



N.º 82

Reposo del Guerrero



Eduardo Langagne

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
DECANATURA CULTURAL

2012

ISBN 978-958-710-

© EDUARDO LANGAGNE, 2012

© UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA, 2012

Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá - Colombia

Tel. (57 1) 342 0288

dextensionc@uexternado.edu.co

www.uexternado.edu.co

Primera edición

Julio de 2012

Ilustración de cubierta

Estructura 13, por ANABEL QUIARTE y JORGE ORNELAS
(Quirarte+Ornelas)

Diseño de carátula y composición

Depto. de Publicaciones

Impresión y encuadernación

Nomos Impresores

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

UNIVERSIDAD
EXTERNADO DE COLOMBIA

Juan Carlos Henao Pérez
Rector

Miguel Méndez Camacho
Decano Cultural

Clara Mercedes Arango
Coordinadora General

DEFINICIONES

Ella está hecha a semejanza de las cosas que amo.
Se parece a la noche,
o mejor: a una noche sin ausencias.

Ella es exacta.
Cuando la noche escurre, su cuerpo se humedece.
Me permite trepar por mis temblores
y agitar su nombre desde la oscuridad.

Ella es irrepetible.
Nació en las piedras donde empieza mi desorden.

PANDILLA

Benditas aquellas que nos besaban
y nos despreciaban
o nos despreciaron y nunca nos besaron
pero más benditas aquellas que nos besaron
y no nos despreciaron nunca
y que serían capaces de besarnos ahora
porque nosotros jamás las despreciamos
y benditas las que se daban al calor y a la caricia
sin pensar en nada
pero más benditas las que sí pensaban
porque hicieron crecer a las caricias
y compartían generosas su cuerpo con nosotros
y nosotros compartíamos nuestro cuerpo con ellas.

Oh maravilla.

Nadie jamás prometió nada.

POEMA ESCRITO EN ENERO

Es un lugar común establecer comparaciones
entre un pájaro y el corazón de ella.
Corazón es agudísima palabra.
Pájaro lleva acento en cada pluma.
Su corazón no tiene alas,
pero es verdad que vuela y sabe cómo los nidos se
construyen.
Digo entonces que ella tiene un corazón, no que
un pájaro habita ese lugar;
digo que hay alas que hacen volar su corazón
y que un pájaro late ahí en su pecho.
Es difícil comparar un pájaro con su corazón:
pero son la misma cosa.

DESCUBRIMIENTOS

Colón no descubrió a esta mujer
ni se parecen sus ojos a las carabelas
jamás hizo Vespucio un mapa de su pelo
nunca un vigía gritó tierra a la vista
—aunque vuelan gaviotas
 en las proximidades
 de su cuerpo
y en su continente se amanece cada día—
a esta mujer no la descubrió Colón
sin embargo estaba en el oeste
era un lugar desconocido
y para encontrarla
hubo que andar mucho tiempo
con una soledad azul en la cabeza

EL QUE BEBIÓ ESA NOCHE

El que bebió esa noche
encontró que todas
las mujeres del mundo
se reunían en ella.

Y más aún
todas las del mundo
se fragmentaban en ella
o se dispersaban
o se reconocían
o se sabían mujer en ella.

El que bebió esa noche
inventó una guitarra
para encajar sus uñas
—igual que a los caballos
se les clava la espuela—
y la guitarra salió desbocada
haciendo polvo.

Entonces fue
que el que bebió esa noche
recordó algunos versos
que también hacían polvo
o más bien
se hacían polvo
como si la muerte
hubiera
besado todas las canciones.

El que bebió esa noche
encontró una mujer
y descubrió que la muerte
se reunía en ella
y que todas las muertes
en ella se reunían
por lo tanto
ella era dulce
y la vida se juntaba en ella.

Y el que bebió esa noche
esperó el amanecer
bebiendo de ella
amando a ella
cantando en ella.

Juro que cantaba

DISPERSIONES

I

Ella tiene el pelo corto y su cara toma los más
despiadados amarillos, tensa las cuerdas pensando
en los guerreros que limpiaban su lanza en la
entraña enemiga.

Luego canta con la seguridad de un pirata que ha
encontrado en su mapa el sitio exacto del tesoro.

II

En tus pesadillas soy un extranjero que mira
madurar tu cuerpo.

El mar es un fruto verde que no podemos morder
porque la lengua reconoce la traición y la desdicha.

El tigre corre, a pesar de la bala en sus costillas.

La poesía no se crea ni se destruye, sólo se transforma.

Escribo ahora que la inmóvil terquedad de la
tortuga

me aviva la impaciencia.

III

Con la guitarra desgarramos nuestros odios,
nuestros más amorosos rencores:

al cantar elegimos la manera de morir.

Permanecemos en la muerte.

CANTO POR LAS PREGUNTAS
DEL DESMEMORIADO

¿Esa mujer estaba en un sueño largamente
perseguido?

¿En sus ojos existía la luz
que sabemos ver los hombres solos, todas las
mañanas?

¿Le hablé del aire?
¿Cuántas veces mi rostro disfrutó del aire?
¿Cuántas sufrió con él helado y solitario?
¿Le habré contado cuando el viento golpeaba mis
ventanas
y era la oscuridad mi única palabra?

Lo haré si no lo hice

¿Pero le hablé del agua?
¿Le dije que la lluvia es compañía?
¿Que me impulsa su ánimo lluvioso?
¿Le recordé los versos de Manrique?
¿Los de Ramón?
¿Los de Lorca?
¿Ella sonrió tan líquida?
¿La humedad la perturbó?

¿Tal vez le dije solamente que la tierra
es preciso lugar para dos cuerpos que se unen
dando un espacio a la esperanza?
¿No lo hice?

¿Entonces qué habrá sido lo que incendió mis manos?
¿Eran sus pies desnudos?
¿Pequeños como un pájaro aterido?
¿Crepitaban mis papeles?
¿Mis palabras?

Arderán si no han ardido

¿Servirá esta página para eso?
¿Le pregunté su nombre?
¿Sabrá que pienso en ella?
¿Habré de decírselo?
¿Estaba en ese sueño la mujer?

PIEDRAS

No tenemos la casa todavía,
tenemos piedras; algunas.
Trozos de pan, algo de vino tenemos
pero la casa no;
sin embargo tenemos oscuridad,
porque luz no tenemos todavía;
tenemos algunas lágrimas y besos,
otras cosas igualmente ridículas tenemos,
pero la casa no. Quizá
paredes que se levantan muy despacio,
mas no tenemos casa todavía
donde encontrar el frío, la soledad,
 la lluvia,
pero arriba
un cielo como sábana tenemos
y abajo un infierno delicioso
por donde deambulamos
recogiendo piedras.
“Hoy no me llevas, muerte, calavera,
no me voy, no quiero ir.

Hoy no voy ni entrego mi barco de papel,
mi brazo, mi guitarra, hoy no,
hoy solamente tiro piedras,
poemas,
muchas piedras contra tu rostro
—no niego, dulce rostro—
tiro piedras,
me arranco el corazón y te lo arrojó.
Hoy no, muerte, hoy no voy, no quiero,
necesito hacer la casa.”
Y estoy vivo
cuando arrojó palabras, muchas palabras.
Fuego.

EL POEMA NO SABE

El poema no sabe que lo estoy persiguiendo, que ya lo imaginé, que lo presiento ahora. Sospecho que está cerca (ya lo sentí rozarme la nuca con sus dedos), ya lo olfateo (tal vez en el próximo trazo del lápiz en la hoja lo hallaré). Estoy seguro que en un instante más será mío por completo. Lo tengo acorralado, esta vez no se escapa; estoy seguro de eso.

EL TRUCO

Mis huesos irradian luz
y mi mano se hace transparente

El truco ahora consiste
en dejar el papel iluminado

ATENCIÓN

Entre la multitud
puedes reconocerme, amor:

yo soy el que va cantando.

NECESIDAD

Primero un epígrafe rotundo, convincente.
Después ese pronombre en la dedicatoria.
Abajo, un verso limpio, exacto, trabajado,
bien pulido, aunque el pobre no sea inolvidable.

Otro verso más claro, la sencilla metáfora
del verso que le sigue, tal vez algún recurso
que mantenga la idea y luego un tropo, alguno
que haga chocar las piedras de la alegre semántica

para que saquen chispas que alcancen la hojarasca
y se produzca el fuego. Entonces está listo:
se borra aquel epígrafe, se tacha el nombre de ella,
se suprimen los versos (los exactos, los limpios,

los pulidos, los otros). Se despoja el poema
de metáforas, tropos. Se abandona dejando
la hoja blanca manchada de palabras que digan
ciertas cosas humanas cuando alguno las lea.

NAVEGANTES

*Navegar é preciso
viver não é preciso*

Si la constelación indica el rumbo
hay que mirar arriba
y atrapar esa estrella en la mirada.
Pero a tanta distancia
ignorar es la ruta a navegar.

*Navegar é preciso
viver não é preciso*

El timón no se corrige enderezando el barco.
A babor se escribe.
A estribor se reposa pero late furioso el corazón.
La tempestad se avecina, sabe y grita el vigía.
En qué maldito mar entrometimos el destino.
En cuál interminable océano decidimos aprender
a vivir.

*Navegar é preciso
viver nao é preciso*

Se enterraron el norte de la brújula
en la costilla falsa de su costado izquierdo.
Abrieron los brazos
hasta alcanzar los extremos del antiguo horizonte
y el peje espada perforó las palmas de sus manos
y los clavó en el mástil húmedo y altísimo.
Miraron dulcemente al cielo,
una corona de sal hería su frente.
No puedo suponer que hubo lágrimas,
de los más rudos hombres se dice que no lloran.
Tres días después,
al tiempo que termina atrapado el bacalao,
de los mástiles todos los hombres recios fueron
desclavados.
Mas no subieron nunca al cielo,
porque les es preciso navegar.

EL OFICIO DEL RÍO

Es oficio del río
descifrar el secreto del agua.
A los hombres del mundo,
las mujeres, los niños,
corresponde también
descifrar el oficio del río.

Como un río nacemos,
sorteamos peligros,
nuestro cauce se ensancha.

Otras aguas nos hacen crecer:
manantiales y lluvias,
hilos de agua,
nos nutren el cauce imperfecto
que avanza y avanza
extendiendo su curso.

Y aquí vamos
al encuentro de un mar
que es el sueño de todos.

PAISAJE PARA MANUEL CEBADO

Los indios Tapalehuis viven sin tanta prisa.
Al poeta celebran, mas no como poeta;
en realidad se trata de uno más de los suyos:
No le regalan nada.
Y el poeta trabaja como todos los otros;
recolecta verduras, siembra, canta, tiene hijos.
Nunca piensa en dejarlos para hacer sus canciones.
Podría tener un día una mujer morena
que lo amaría bellísima con su piel tan suave
y con sus grandes ojos lo vería con dulzura.
Ninguna joven dura joven por muchos años,
el poeta lo sabe pues también envejece
porque sabe que el tiempo corre igual que los ríos.
Se bañan en un río los indios Tapalehuis
y ahí también se bañan los cantores. El agua
corre, avanza, se pierde atrás de no sé dónde.
El poeta reúne con el agua de todos
una voz. Y se moja
viendo las nubes cómo se deshacen arriba.

UN PÁJARO (ERA PARDO)

Un pájaro (era pardo)
estaba en una rama
tanto azoro causó en el que escribe
que lo hizo detenerse
y así bobalicón, atolondrado
abrió los ojos señaló la rama
con el dedo que usa para eso
y el pájaro ahí estaba
en una gran ciudad
estaba el pobre, aquel, el sufridor
el pardo acongojado
presintiendo la lluvia
pero vivo y cantando.

PERCUSIONES

(Canto grave para tambor solo)

Madre

Madre muerta

Mi tambor sobre tu tumba madre muerta.

Suena el cuero del tambor sobre tu tumba
y mis manos sobre el cuero del tambor sobre tu tumba
las uñas de mis manos
golpeando sobre el cuero del tambor sobre tu tumba
madre muerta.

La sangre de las uñas de mis manos
sobre el cuero del tambor sobre tu tumba.

La sangre de tu cuello está en las uñas de mis manos
que golpean sobre el cuero del tambor
sobre tu tumba tumba madre muerta

OTRO HOMBRE, DISTINTO

Vi nacer a mis hijos, temblé con la incerteza,
demoré en respirar mientras ellos nacían;
otro hombre, distinto, sería si no tuviera
en la memoria el gesto de mis hijos naciendo.
Tuve un amigo muerto, abuelos y temores,
si no hubiera reunido estos años de vida
creería que la existencia es casi siempre triste,
no tendría los amigos que me he ganado a pulso
ni algunos enemigos que el tiempo me obsequió.
Viajé por mi país. Las calles son idénticas,
las historias que cuentan pudieran repetirse,
los tambores que suenan en la fiesta a lo lejos
entran por mi ventana acompasadamente,
late mi corazón con idéntico ritmo.
¿Lo escucharán en todos los amables lugares
donde he dejado libres a mis aves volar?

NICOLÁS SALE A LA LUZ

Sale a la luz, demora en respirar,
se empecina en vivir, pero demora
en respirar, entonces enamora
el recuerdo de aquel oscuro mar
donde vivía hasta entonces. Ese mar
en el que primitivo se enamora
nuestro primer impulso. Mas demora
en respirar, se tarda en respirar.
Aunque la luz le anuncia que la vida
inicia en un instante, en un instinto
parecido al origen de la mar,
él tarda en respirar, porque la vida
no empieza si no empieza aquel instinto
que marca al hombre la noción del mar.

JUEGO

Mi pequeño Pablo
sonríe con el niño del espejo
al descubrirlo.

Agita los brazos
y grita
ante la perfecta copia de su imagen.

No sabe nada del reflejo,
no adivina que el pequeño a quien sonríe
pudiera ser él mismo.

Por su parte, el Pablo reflejado en el espejo
se mira en los ojos del Pablo que lo mira
y se refleja en los ojos
del que se refleja en los ojos
del que se refleja.
¿Pero cuál de todos estos niños
es el mío?

¿Quién es mi Pablo de entre los innumerables
reflejados?

A veces la pupila indica
con un brillo peculiar
quién es el verdadero.

Al observar detenidamente
comienzo yo también a repetirme.

Hasta que ambos existimos solamente en el espejo
y los de afuera se sorprenden
de su exacto parecido con nosotros.

A CABALLO MONTABAN

Los abuelos del niño a caballo montaban,
por eso el niño trepa en los viejos sillones,
los arrea con los gritos que aprendió. Sus caballos
van a donde los lleva: trotan, corren, relinchan.
Así cabalga el niño por los sitios que aquellos
abuelos le heredaron, y por esos caminos
llegará a los lugares que sus abuelos nunca
pudieron alcanzar. Porque si así no fuera
no habría ningún sentido en tener dos abuelos,
ni en trepar sobre el lomo de un caballo, o amar.

CANTO POR LOS QUE DUERMEN POCO

Duermen poco, sueñan barbaridades,
despiertan un poco antes que los gallos,
tienen sed, ningún lago de agua dulce
puede saciarlos.

Hablan de noche, ríen, se pelean
con un duende que jala cobertores
y les pone el sombrero en la cabeza
para que bailen.

Música escuchan siempre cuando sueñan,
lo aseguro, pues oigo cómo cantan.
Aun así descansan, de mañana
están tan frescos.

No hay insomnio en los niños. Un caballo
los transporta en la noche y nosotros
no podemos dormir, porque ese sueño
ya lo olvidamos.

LOS HOMBRES, HIJO MÍO

Los hombres, hijo mío, sí lloran.

¿Lloró el apóstol Pablo cuando supo
que El Maestro había ascendido hacia los cielos?

Los santos, hijo, también lloran.

Y el poeta Neruda,
desenterrando papas,
escarbando la tierra con las uñas
buscando una palabra,
desollando cebollas
como quien busca una verdad
¿tú creerías que lloraba?

Las melodías
que íntimamente entraban en Casals, el chelista,
¿no lo harían llorar mientras tocaba?
Y Pablo, el otro Pablo,
el que pintaba

los oscuros motivos de la guerra,
¿a Picasso, la vida
no le hacía un nudo en la garganta?
Los artistas, hijo, también lloran.

Y los hombres lloran
cuando pueden hacerlo,
cuando deben,
porque las lágrimas también los purifican
(les hacen ser un poco buenos
cuando merecen serlo).

Y tu padre, hijo mío, también llora
¿por qué no habría de hacerlo?
Llora porque la vida está tan plena
que te rodea como una aureola inexplorada.
Llora también porque la noche tiene
luces artificiales que quieren atraparte.

Los hombres, hijo mío, sí lloran.
Tal vez las lágrimas pueden ayudarlos
a distinguir la luz que es verdadera.

Los hombres pueden, hijo mío, llorar.

ME PONDRÉ LA MANZANA

*Guillermo Tell no comprendió a su hijo
que un día se aburrió de la manzana en la cabeza*

CARLOS VARELA

Me pondré la manzana en la cabeza,
si aprendiste a tirar, en ti confío.

Y si aún no es el tiempo en que debías,
lo sabremos después de que dispires.

De cualquier modo,
me pondré la manzana en la cabeza.

POEMA DEL FILM

Este poema no es un film.
Por eso no ven la playa
ni una adolescente
que se moja los pies.

Ni su piel asoleada, morena.

No es un video.
Por ello no está grabada la sonrisa
de la madre que cuida a su pequeño en la arena.

No verán la carrera de esos dos jovencitos hacia
el sol.

Sólo palabras llegarán a ustedes.
Las imágenes habrán de realizarse en su cabeza.
Si algún sentimiento existe en el poema
se expresará en ustedes. Dentro de ustedes.

Si pudieron ver la playa
y la muchacha que se moja en el mar,
saben ya el color de su traje,
adivinan el tono de sus ojos;
advierten el largo de su pelo,
reconocen su silueta.

Y si nunca hubiesen visto una playa
ni unos pies que se mojan en la orilla del mar,
pueden imaginarlo.

Puede existir este poema
si sus palabras hacen
sentir a ustedes.

Y si nada sintieron,
si nada imaginaron,
si estas palabras
no constituyen un poema,
ha sido solamente tiempo perdido.
Tiempo sin playa y sin muchacha
que ustedes han perdido irremediablemente.

AQUEL TREN

Yo era un niño
En el tren a Chihuahua
el paisaje era un frágil futuro arenoso y sin gente.
La paciencia rodaba en el alma con ruido de hierro.
Un túnel oscuro veía mis temores
marcaba las líneas ocultas del agrio destino.
En una estación de madera
una niña desértica puso sus ojos brillantes en mí.
Yo supe al momento
que nunca podría encontrarlos de nuevo.

Yo era un niño.
Miraba las vías corriendo ligeras
hasta un sitio llamado horizonte
donde interrumpían su destino.
Cuando niño la tierra era plana
había trenes y sueños
y yo nunca había perdido un amor
por no descender en aquella estación oportuno y
puntual.

CUMPLEAÑOS

Acuden hoy mis treinta y tres años
para exigirme que los recuerde a todos.

Cuánto me conocen:
han sabido de mí toda la vida.

Algunos me reclaman
por haberlos gastado inútilmente.

Otros piensan
que exageré en aquellas cosas tristes.

Los más habrían querido no escribir:
consumirse en canciones.

Sin embargo esperan reunidos en la mesa
que yo vuelva con un trago para todos.

Porque si alguno falta no seríamos lo mismo,
nos prometemos seguir juntos

y decimos salud.

CELEBRACIÓN DEL HOMBRE QUE DESPIERTA EN UN CUARTO DE HOTEL

Pudiera ser que un hombre se mire en el espejo
esta mañana
y reconozca un amigo útil para conversar.

Cuando le guiña un ojo aquel hace lo propio
le sonrío y el otro corresponde.

Pudiera ser que de esa boca suya
salgan unas palabras
y el instante consista en pronunciar palabras sueltas
sin precisar de dónde vienen y cuál es su destino.

Pudiera ser que en ese rostro
se muestren varias huellas de la vida
constancias de que el hombre ha visto el sol
y a veces ha temblado de frío y de soledad.

Y puede ser también que no se muestren
otros testimonios del dolor
que habitan en su pecho
o los rastros de la usura que se alojan en sus manos.

No hay evidencias claras para decir que el hombre
es triste.
Pudiera ser incluso que aquel hombre sea un
alegre empecinado
y que en esta mañana reconozca en su rostro
un año más o un siglo
y vuelva a guiñar el ojo al compañero
y aquel haga lo mismo porque lo estima
y puede ser que emita sonidos guturales
como el hombre primitivo ante los sueños
como el antiguo azorado ante el trueno y el
relámpago.

Con esa boca suya
el hombre que se mira en el espejo
pronunciaría palabras sueltas
que para los otros no tienen ningún significado
y el hombre que tal vez pudiera
mirarse en el espejo
tendrá un secreto que lo hará sonreír
y entonces el espejo mostrará un hombre alegre.

LA VIEJA FOTOGRAFÍA

El que fui hace veinte años me mira en el reposo de su fotografía barbada y expectante.

Va subiendo en el bonde del noble Corcovado, habrá de retratarse otra vez junto al Cristo que observa a Guanabara con los brazos abiertos y señala los límites del mundo que protege.

El que fui hace veinte años me pide que no olvide.

Pero yo nunca olvido.

Sí perdono, disculpo,
dispenso, me relevo de mis crasos errores,
me eximo de tener para siempre una espina
clavada entre mis dedos, como el león de la fábula,
o en el pecho una angustia que no deja respirar.
Me absuelvo finalmente de todo cuanto hice
innecesariamente.

En fin,
éste que fui,
que subiendo en el bonde trae la mirada fija,
esperaba llegar y sentarse en el borde
del escalón vehemente que soñó desde niño,
cuando en aquel jardín de niebla y de temblores
planeó con los muchachos alguna vez hacerlo.

Pero todos olvidan ciertos planes,
deseos
que se obstinan ilusos bajo el sol del invierno
mientras reunimos años en el cabello.

Apenas
unos cuantos recuerdan.

Y el que yo era me pide
cantar en la memoria melodías fascinantes
que musitamos juntos después de aquella foto
subiendo al Corcovado,
cuando sabíamos ambos
lo que había sucedido.

En esta desventaja
que actualmente vivimos, él sabe que no sabe
lo que pasó después (yo no se lo he contado).

Esta tarde de vino y de memorias dulces
he de contarle todo, pues quiero que mantenga
desde su foto antigua la misma expectativa
y la mirada alerta a lo que va a venir
y que me reconozca como parte de él mismo
aunque mi rostro sea diferente al de entonces.

IGUAL QUE LAS SEMILLAS

Cuando Ernesto Gutiérrez me habló de Mallarmé caminando Reforma, me gustó Mallarmé, los adioses, las iras de los dioses antiguos. Nos despedimos luego y Ernesto me decía que uno no sabe nunca si ha de volver a verse. En Managua comimos gallo pinto, en su casa. Más tarde yo me fui y Ernesto me decía que uno no sabe nunca si ha de volver a verse. Años después, no muchos, en Brasilia busqué a mi Ernesto Gutiérrez. Y no he de verlo más. La tierra ya lo tiene igual que a las semillas. Uno no sabe nunca si ha de volver a verse.

MISTERIOS

Tal vez este soneto pudiera revelarme
los misterios de un árbol y su ardilla,
mojarse en aquel río y alcanzar otra orilla
sin ahogarme, de veras sin ahogarme.
Un fuerte golpe, artero, tal vez pudiera darme
debajo de la última costilla,
o con aguja infame o candente varilla
secamente el pulmón desbaratarme.
Quién sabe lo que piensa mi padre en el secreto
de su arrítmico lecho de hospital,
recordando su ardilla y aromando su abeto,
sumergido en las aguas del final.
No me revela nada este soneto
que no es ningún soneto, respira mal, muy mal.

CABALGANDO

Puede alcanzar mi padre de súbito el silencio
y después recordar un nervioso caballo
y andar con él por toda su memoria
y echar un pial al terco becerrillo
y poner hierro al toro con la marca candente
y lazar al galope con soga vigorosa
y diestramente dominar al sueño
despertar con el canto de un gallo amanecido
y beber agua clara en un pozo profundo
y con tanta frescura
trepar a la mañana
montar a pelo el día
andar ligero
hasta que una ciudad terrible lo reciba
con un fuetazo en el rostro
y un paisaje que acaba
a pocos metros de sus limpios ojos

Los hombres que montan a los broncos con firmeza
saben tener el corazón dispuesto

Por eso con mis versos he de dar a mi padre
un animal enorme
cuatralbo y brioso
y lo hará relinchar
y habrán de verlo ustedes con la rienda segura
—luminosa y noblemente—
cabalgando sobre el humo

FLASH BACK

Galopaba mi padre en su enorme alazán.
De súbito frenaba y volvía hacia mí,
sorprendido testigo a la sombra del árbol.

Un hermoso caballo era aquel: ejemplar:
orgullosa la crin y convencido el trote,
el mejor animal que había en esos parajes.

—Pero mi padre anhela conseguirme
uno mejor aún.
Para el día en que yo cabalgue solo.

ENCUENTRO

-Hijo mío, cruzaré el desierto.

-Llévame, padre.

-No, no ahora.

El sol es fuerte y el trayecto pesado,
no hay agua,
el cuerpo puede volverse arena.

-Hijo mío cruzaré los mares.

-Llévame, padre.

-No. Los mares son profundos,
se reblandece el cuerpo y se disuelve en ellos.

-Hijo mío, cruzaré las nubes.

-Llévame, padre.

-No, el cuerpo ahí se hace de viento,
se dispersa en esa inmensidad.

Cuando yo vaya, padre, te encontraré.
El recuerdo es intenso y no desaparece nunca.

ORACIÓN

Aún no he terminado de llorar por mis muertos;
tengo un nudo desnudo en la garganta
porque no he terminado de llorar por mis muertos.
El pecho acorralado,
temblorosas las manos,
mi respiración da cuenta de que no he terminado.
En mi memoria viven todos ellos.
Mi memoria no acaba de llorar.
Aún no he terminado de llorar por mis muertos.

CANTO POR EL HOMBRE
QUE BEBÍA MÚSICA

Ebrio viene el hombre nuestro
En sus piernas arrastra el secreto de Dios.

Tropieza con el aire como un pájaro ciego.
Las palabras de su lento alcohol
las entienden los niños y los árboles.

Agoniza entre muros de la ciudad ajena
bajo el cielo plomizo de un amor extraviado.

No tiene más dolores que su solo alcohol
en sus brazos la fuerza de una bestia herida.

Su pecho se agota finalmente
y su puño se crispa como un nido apedreado
donde agoniza el trino de un gorrión de viento.

EL VINO

Respeto al vino: ha esperado su momento sin
angustia.

Respeto su reposo en el pausado tiempo de bodega.

Respeto su apego a la delicia, su paciencia a lo
oscuro,

su paso por las venas de un roble que pervive.

Respeto su color intenso, su cascada de líquidos
rubíes.

Respeto al vino, pues cercanos míos
sucumbieron a su sabor y a sus aromas.

Lo respeto: él no tiene la culpa del alma de nosotros.

Se comparte sin saber lo que allí dentro
tiene de riesgo y de aventura.

Respeto al vino, que me observa en silencio
mientras sirvo dos copas.

Ya sólo queda el recuerdo de este vino
en los labios de la mujer que ahora me besa.

LA MEMORIA

La materia del canto es la memoria,
no lo que viste, pues el ciego entonces
no cantaría jamás.

Y no es lo que escuchaste, pues el sordo
no hubiera escrito dolorosamente
aquella sinfonía con los coros
que hacen estremecer tu corazón.

Y el tacto, que es efímero,
decide trasladar a la memoria
lo que ha convenido que se toca.

Hoy puedes aromar la sopa de habas
que solía recordar López Velarde:

No hay plato alguno y nadie guisa,
pero el sabor se guarda en tu memoria
y lo degustas siempre, silencioso.

No debes olvidarlo. Es evidente:
la materia del canto es la memoria.

MUERTE DE RILKE

*¿Dónde leí que Rainer María Rilke murió
por la infección que le produjo pincharse la mano
con la espina de una rosa?*

La rosa no viene a mi poema,
viene la espina de la rosa.
Pero no llega hasta el papel la espina,
se clava en la palma de la mano
de Rainer María Rilke.
De ahí brota una gota de sangre
y una mínima rosa
se escurre en mi poema.

UN RAMO DE ROSAS

Una es la rosa que hirió a Rilke,
quisiera por ello escarmentarla,
pero no puedo;
le temo y me fascina,
me obsesiona la rosa
memorablemente enlazada a nuestras vidas.
Elegí alguna más
de entre las milagrosas rosas de Juan Diego
que la ilusión dibuja en un ayate.
Evocaré también las rosas que Di Maggio
llevó durante siete lustros a la tumba de Marylin.
Una de ellas acompaña el ramo que te ofrezco;
no la tomé de Norma Jean,
tan solitaria y bella, desnuda y perfumada,
es una rosa traducida en la memoria,
testimonio de un amigo perdurable.
La rosa silenciosa que exhala tu perfume
la tomé de Cartola, pues la canta elegante.
Rosas,
algunas rosas para que luzcan en el sitio donde sueñas.
Rosas acaso sobre el piano
donde brotan melodías y aromas.

O encima de la mesa donde lees, escribes y descubres.
Que su color te ilumine la memoria.
Es decidirse por la rosa nuevamente,
por su sabor dulzón y por su tacto.
Sumé la rosa blanca de Martí,
que también he deseado cultivar;
la Rosa melancólica de Nicolás Guillén,
percutiendo su bongó y enamorando.
La rosa de Pellicer,
en las manos de la noche,
comparte algún secreto
con la nocturna rosa de Xavier Villaurrutia.
Aquí la rosa de la humana arquitectura de Sor Juana.
También tu rosa que aparece con la luna
y al pausar su llegada floreció en tu vientre.
Las rosas que te canto: Rosa
oscura del tiempo. Rosa
clara de la luz humedecida. Rosa
de los días inolvidables. Rosa
impasible del dolor. Rosa
del mundo. Rosa
del amor. Amorosas rosas
sólo reunidas hoy. Rosas
anónimas, sencillas, simples.
La rosa que no puedo tocar de Juan Ramón
se me marchita entre las manos.

La de Huidobro me sangra
cuando la intento florecer sobre el papel de espinas.
Rosas que son celebración para los días que vienen,
impacientes o tristes, oscuros o afligidos,
optimistas y a veces luminosos,
como el aroma de las rosas que te ofrezco en este
ramo.

TESTIMONIO

Nunca dije te quiero sin sentirlo,
y nunca competí con un amigo
ni por empleo, ni fruta, ni mujer.

Porque el sustento es noble en la amistad
y una fruta jugosa
puede siempre esperar nuestra mordida.

Sembrar ese manzano puedo con un amigo
en medio de una isla desierta en el océano.

Y una mujer jamás disputaré al amigo
porque ella puede decidir a dónde
dirige en plenitud el corazón que tiene,
en dónde pone el corazón que usa a su manera.

Y puedo por mí mismo
buscar una mujer que quiera amarme
a la sombra del árbol que sembré con mi amigo
y comiendo los frutos que habré de cosechar.

ESTA MUJER Y YO

Esta mujer y yo, que sumamos un siglo,
nos unimos en el beso original
bajo un desnudo encino,
sobre un lecho de hierba,
mientras la luz del sol se abre paso entre las ramas
como un ave que se acerca al nido.

Esta mujer y yo,
sobre la arena suave,
a la sombra de una roca sin pecado,
damos un giro a nuestros cuerpos
humedecidos en una sola voluntad.

Aunque en verdad esta mujer y yo
estamos en un lecho conocido,
imaginando, amando,
y en el momento exacto
nuestros cuerpos irradian una luz
que se escurre como el sol entre las hojas
o una gota en la piedra
y el manantial de la vida brota nuevamente
en estos dos cuerpos que ya suman un siglo
pero no han olvidado el origen del mundo.

POEMA DEL CIEGO AMOR

El amor es ciego
Palpa las paredes del laberinto
para encontrar la salida.

Toquetea con su bastón
los bordes del camino
y arrastra los pies
por un sendero de arena.

O sobre un papel
amarillento y sucio
las puntas de sus dedos
buscan descifrar
los códigos del ser amado.

El ciego amor por fin decide
ser feliz a pesar de todo.

Pero cuidado
La felicidad es más ciega que el amor.

POEMA DEL INDECISO

Ante la encrucijada
decidirás por dónde continuar tus pasos.

Por este lado sabes que hay espinas y piedras
pero existen manantiales y remansos.

Al final de la tarde dudarías
¿hubieras decidido transitar por el otro?

Por aquel no conoces el camino
sólo supones que además del arroyo
cuyo curso dibuja una interrogación
podría haber alimañas
frutos nocivos
especies ponzoñosas.

Al final de la tarde dudarías también
¿habría sido mejor andar la otra vereda?

Pero en este momento
ante la encrucijada
deberás decidir por dónde continuar.

Si decides no hacerlo
volver sobre tus pasos
no asumir el riesgo del andar
piensa que al final de la tarde dudarás nuevamente.

¿Hubieras decidido arriesgar por alguno
de los dos que te ofrecía la encrucijada?

MONÓLOGO DEL VAGABUNDO

Yo tenía una casa,
una cama de hierro con sueños bien forjados,
una mesa de vino que olía a cedro y a fruta,
vecinos silenciosos en la villa.

Yo tenía una mujer,
se bañaba en la luz de nuestra casa,
mis temblores vivían en su boca
y entre sus piernas brotaban
dulces gemidos que inundaban el mundo.

Ella me amaba,
un día me pidió que encendiéramos la hoguera
para siempre,
la mano me tembló al acercar el fuego al atado de
leña,
la indecisión sopló sobre mi mano.

Si la hubiera encendido yo tendría un hogar,
no sufriría la lluvia interminable sobre el rostro
y este frío miserable que me tiene en agonía.

SOY EL ALBATROS

Soy el albatros
no levanto el vuelo.

El día me quema con su pipa de opio.
La mañana se mofa de mi andar tropezado.

Soy el albatros
atrapado en la quilla.

Mi anhelo es silencioso
No puedo alzar el vuelo en la cubierta.

Soy el albatros.
He de abrir estas alas.
Alejarme del barco que me impide volar.

LA DESILUSIÓN

Te azota.

Trenza un látigo de lianas secas.

Se mofa

–manejo de flores marchitas
que se agita frente a tu rostro–.

Te obliga a respirar aire doliente,
a beber agua estancada.

Distrae tus oídos con sonidos quejumbrosos.

Coloca un velo oscuro al paisaje que ansías.

Hace tu vino agrio,

espina tu mano cuando tomas tu copa.

LA MESA DEL ESCRIBANO

“No soy un escritor,
soy un escritorio”,
habría trazado Pessoa
con un íntimo ritmo marítimo
en el papel amarillento como un mapa
sobre la mesa hostil
donde escribía
las cartas comerciales
de su supervivencia.
Y Álvaro de Campos habría pensado:
“no soy una persona,
soy un personaje”,
mientras Fernando escribía
en su escritorio múltiple
las voces más expresivas del convulso Siglo.
“No soy un viaje,
soy un viajero”,
habría dicho Ricardo Reis
cuando marchábase al Brasil
con su Fernando Pessoa en el corazón
para perderse
en un continente de rostros misteriosos,
aparentes y vagos.

Y Caeiro, el maestro,
habría reflexionado:
“no soy auténtico,
soy idéntico”,
en su afán de diluirse
en la naturaleza
mientras Fernando abría los sobres mercantiles
y preparaba respuestas lógicas, triviales.
Pero en la mesa comercial del escribano,
mientras un barco de carga sorteando la tormenta
traía su salario
para el oporto y la tinta,
aparecían más nombres de hombres verdaderos.
“No soy este instante”, habría escrito
Pessoa,
“soy el tiempo”.

PERSONA, PERSONAE

Disculpe usted Fernando, su Persona de múltiples
poetas,
simulación, amaño, sin duda es fingimiento literario.
Usted pensaba, creo, que al tener en la sombra la
poesía
que hicieron acuciosos heterónimos, podría aclararse
entonces
muchos rasgos de sí, de su lirismo congénito, locura
heredada, por cierto, de la abuela paterna y encubierta.

Bendito sea el que tiene la locura a flor de piel, herencia
de una abuela sencilla, tejedora, cantora de voz blanca,
siempre afinada y dulce, de ojos maravillados en
azules.
Secreto sotto voce de la casa, de la familia lúcida.

En fin, Fernando Esquivó, hombre sin rostro que
decían los críticos,
confesado y agudo indagador de signos y apariencias,
degustador de moscatel y oporto, ridículo, frenético:

Su rostro inexistente, disculpe usted, Fernálvaro,
Alricardo,
se convierte en la mueca que se burla de este
mundo aparente
igual que un niño retraído a bordo de un barco
imaginario.

Por la ciudad anónima y silente, ven pasar las
personas
a un poeta que lleva cuatro sombras con él cuando
camina
dirigida una a una, al Occidente, al Norte, al Sur,
al Este;
los circunspectos puntos cardinales... Un sombrero
y su sombra.

IGUAL QUE EN EL GRABADO DE ESCHER

No sé si subo o bajo la escalera.
Si desde arriba ya alcancé el peldaño.
No quiero más abajo hacerme daño
–descender o ascender lo hace cualquiera–
Si desde abajo encuentro la manera.
Puedo alcanzar el linde de lo extraño.
Si bajando traspaso la frontera.
Si subiendo traspaso la frontera.
Puedo alcanzar el linde de lo extraño.
Si desde arriba encuentro la manera
–descender o ascender lo hace cualquiera–
No quiero más arriba hacerme daño.
Si desde abajo ya alcancé el peldaño.
No sé si bajo o subo la escalera.

BALADA DE LOS DIEZ DE NOSOTROS

Diez de nosotros quisimos ser poetas
ocho abandonaron
dos seguimos
sabemos que el más terco podría lograr un verso
que diga lo que todos pretendíamos.

Diez de nosotros cantábamos al aire
ocho callaron
dos seguimos
sabemos que el más terco podría lograr un canto
que diga lo que todos pretendíamos.

Diez de nosotros soñábamos despiertos
ocho durmieron
dos seguimos
sabemos que el más terco podría lograr un sueño
que viva lo que todos pretendíamos.

REPOSO DEL GUERRERO

Protegido mi pecho en el gambaj,
afiló el arma, brilla su relej;
en una dulce tregua, el almofrej
me da el sueño al rumor del rebalaj.
Hay consuelo a mi herida en el borraj,
y andaré, aun estando pedicoj,
pues no anhelo yacer bajo el alioj
ni ungido héroe, como un almiraj.
Me protegen la noche y el cambuj,
conozco igual la espada que la troj,
amo el aroma del almoraduj
si adereza el carnero el manibljaj.
Serenamente, oculto tras un boj,
espera desafíos mi carcaj.

EDUARDO LANGAGNE

Poeta y traductor mexicano, nació en 1952. Miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte de México. Maestro en letras latinoamericanas por la UNAM, Siendo muy joven obtuvo el Premio Casa de las Américas, de Cuba y en 1994 el Premio de Poesía Aguascalientes. Entre sus libros se destaca la traducción de los 35 *Sonnets*, de FERNANDO PESSOA, de 2006. También su participación en el libro de poesía para niños *Hago de voz un cuerpo*, compilado por MARÍA BARANDA para el FCE en 2008, de reconocimiento internacional. Su libro para niños *Meu cavalinho vermelho*, fue publicado en Brasil por Editora Positivo en 2009, año en que también publicó en portugués: *Dentro do poema* (un panorama poético de su generación en una edición de la Universidade Federal de Ceará y la Secretaría de Cultura de ese estado Brasileño), así como *Lo que pasó esto fue*, poesía y *Otra cebolla de cristal*, cuentos. El poeta EDUARDO LANGAGNE ha sido traducido a varios idiomas e incluido en numerosas antologías.

CONTENIDO

- Definiciones [7], Pandilla [8],
Poema escrito en enero [9], Descubrimientos [10],
El que bebió esa noche [11], Preguntas [13],
Dispersiones [14], Canto por las preguntas del
desmemoriado [15], Piedras [17],
El poema no sabe [19], El truco [20],
Atención [21], Necesidad [22], Navegantes [23]
El oficio del río [25], Paisaje para Manuel Cebado [26],
Un pájaro (era pardo) [27], Percusiones [28],
Otro hombre, distinto [29], Nicolás sale a la luz [30],
Juego [31], A caballo montaban [33],
Canto por los que duermen poco [34],
Los hombres, hijo mío [35],
Me pondré la manzana [37], Poema del film [38],
Aquel tren [40], Cumpleaños [41],
Celebración del hombre que despierta en un cuarto
de hotel [42], La vieja fotografía [44],
Igual que las semillas [46], Misterios [47],
Cabalgando [48], Flash back [50], Encuentro [51],
Oración [52], Canto por el hombre que bebía
música [53], El vino [54], La memoria [55],
Muerte de Rilke [56], Un ramo de rosas [57],
Testimonio [60], Esta mujer y yo [61],
Poema del ciego amor [62], Poema del indeciso [63],
Monólogo del vagabundo [65], Soy el albatros [66],
La desilusión [67], La mesa del escribano [68],
Persona, personae [70], Igual que en el grabado de
Escher [72], Balada de los diez de nosotros [73],
Reposo del guerrero [74]

COLECCIÓN UN LIBRO POR CENTAVOS

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas – Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Álbum de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamario Arbeláez
27. *País íntimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendinueta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar
31. *Los ausentes y otros poemas. Antología*, Eugenio Montejo
32. *Signos y espejismos*, Renata Durán
33. *Aquí estuve y no fue un sueño*, John Jairo Junieles
34. *Un jardín para Milena. Antología mínima*, Omar Ortiz
35. *Al pie de la letra. Antología*, John Galán Casanova
36. *Todo lo que era mío*, Maruja Vieira
37. *La visita que no pasó del jardín. Poemas*, Elkin Restrepo
38. *Jamás tantos muertos y otros poemas*, Nicolás Suescún
39. *De la dificultad para atrapar una mosca*, Rómulo Bustos Aguirre
40. *Voces del tiempo y otros poemas*, Tallulah Flores
41. *Evangelio del viento. Antología*, Gustavo Tatis Guerra

42. *La tierra es nuestro reino. Antología*, Luis Fernando Afanador
43. *Quiero escribir, pero me sale espuma. Antología*, César Vallejo
44. *Música callada*, Jorge Cadavid
45. *¿Qué hago con este fusil?*, Luis Carlos López
46. *El árbol digital y otros poemas*, Armando Romero
47. *Fe de erratas. Antología*, José Manuel Arango
48. *La esbelta sombra*, Santiago Mutis Durán
49. *Tambor de Jadeo*, Jorge Boccanera
50. *Por arte de palabras*, Luz Helena Cordero Villamizar
51. *Los poetas mienten*, Juan Gustavo Cobo Borda
52. *Suma del tiempo. Selección de poemas*, Pedro A. Estrada
53. *Poemas reunidos*, Miguel Iriarte
54. *Música para sordos*, Rafael Courtoisie
55. *Un día maíz*, Mery Yolanda Sánchez
56. *Breviario de Santana*, Fernando Herrera Gómez
57. *Poeta de vecindario*, John Fitzgerald Torres
58. *El sol es la única semilla*, Gonzalo Rojas
59. *La frontera del reino*, Amparo Villamizar Corso
60. *Paraíso precario*, María Clemencia Sánchez
61. *Quiero apenas una canción*, Giovanni Quessep
62. *Como quien entierra un tesoro. Poemas escogidos*, Orlando Gallo Isaza
63. *Las contadas palabras. Antología*, Óscar Hernández
64. *Yo persigo una forma*, Rubén Darío
65. *En lo alto del instante*, Armando Orozco Tovar
66. *La fiesta perpetua. Selección*, José Luis Díaz-Granados
67. *Amazonia y otros poemas*, Juan Carlos Galeano
68. *Resplandor del abismo*, Orietta Lozano
69. *Morada de tu canto*, Gonzalo Mallarino Flórez
70. *Lenguaje de maderas talladas*, María Clara Ospina Hernández
71. *Tierra de promisión*, José Eustasio Rivera
72. *Mirándola dormir y otros poemas*, Homero Aridjis
73. *Herederos del canto circular*, Fredy Chikangana, Vito Apüshana, Hugo Jamioy
74. *La noche casi aurora*, Eduardo Gómez
75. *Nada es mayor. Antología*, Arturo Camacho Ramírez
76. *Canción de la vida profunda. Antología*, Porfirio Barba Jacob
77. *Los días del paraíso*, Augusto Pinilla
78. *Una palabra brilla en mitad de la noche*, Catalina González Restrepo
79. *El tiempo que me escribe. Antología*, Affonso Romano de Sant'Anna
80. *Poemas infantiles y otros poemas*, Rafael Pombo
81. *Trazo en sesgo la noche*, Luisa Fernanda Trujillo Amaya
82. *Reposo del Guerrero*, Eduardo Langagne



Editado por
el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en julio de 2012

Se compuso en caracteres
Sabon de 10,5 puntos
y se imprimió
sobre papel periódico de 48,8 gramos,
con un tiraje de
8.000 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Post tenebras spero lucem

